

tas zorras pequeñas, su mortal enemigo, de las cuales vimos aquel día cuarenta ó cincuenta lo menos; por lo común suelen estar á la entrada de su escondrijo, lo cual no impide á los perros matar á una de ellas. A nuestro regreso á la posta, encontramos á dos de nuestros hombres que habian estado de caza por su parte. Han matado á un puma y descubierto un nido de avestruz con 27 huevos. Dicese que cada uno de esos huevos pesa tanto como once de gallina, lo cual hace que ese solo nido nos suministre tanto alimento como pudieran hacerlo 297 huevos de gallina.

*14 de Septiembre.*—Los soldados pertenecientes á la posta siguiente quieren volverse á ella; y como juntándonos con ellos seremos cinco hombres, todos armados, decido no aguardar á las tropas anunciadas. Mi hospedero, el teniente, hace todos los esfuerzos posibles para retenerme. Ha sido en extremo atento conmigo; no sólo me ha dado de comer, sino que me ha prestado los caballos de su propiedad particular. Por eso, deseo remunerarle de cualquier modo que sea. Pregunto á mi guía si la costumbre me permite hacerlo, y me contesta que no, añadiendo que, además de una negativa, me diría algo por este estilo: «En nuestro país damos carne á nuestros perros; de modo que no vamos á vendérsela á los cristianos.» No debe suponerse que el empleo de teniente en un ejército de esa calaña sea la causa de esa negativa á cobrar, no; eso proviene de que en toda la extensión de esas provincias (todos los viajeros pueden afirmarlo) cada uno considera como un deber la hospitalidad. Luego de haber galopado unas cuantas leguas seguidas, entramos en una región baja y cenagosa que se extiende hacia el Norte, durante cerca de 80 millas (123 kilómetros), hasta la sierra Tapalguen. En algunas partes,

esa comarca consiste en hermosas llanuras húmedas, cubiertas de césped; en otras, en un suelo blando, negro y turboso. Encuétranse allí muchos lagos muy grandes, pero poco profundos, é inmensos cañaverales. En resumen: ese país se asemeja á las partes más bellas de las ciénagas del Cambridgeshire. Por la noche nos es algo difícil encontrar en medio de los pantanos un sitio seco donde establecer nuestro campamento.

*15 de Septiembre.*—Partimos temprano. Bien pronto pasamos junto á las ruinas de la posta cuyos cinco soldados fueron muertos por los indios; el jefe recibió 18 heridas de chuzo. A la mitad de la jornada, después de galopar muchísimo tiempo, llegamos á la quinta posta. Lo difícil de proporcionarnos caballos nos obliga á pasar allí la noche. Ese punto es el más expuesto de toda la línea, por lo cual hay en él 21 soldados. A la puesta del sol regresan de cacería, trayendo siete ciervos, tres avestruces, varios armadillos y gran número de perdices. Cuando se recorre la llanura, es costumbre prender fuego á las hierbas: eso han hecho hoy los soldados, por lo cual vemos de noche magníficas conflagraciones y el horizonte se ilumina por todas partes. Se incendia la llanura para achicharrar á los indios que puedan verse rodeados por las llamas, pero principalmente para mejorar los pastos. En los llanos cubiertos de césped pero no frecuentados por los grandes rumiantes parece necesario destruir por medio del fuego lo superfluo de la vegetación, de manera que pueda brotar otra nueva cosecha.

En este sitio, el *rancho* ni siquiera tiene techo; consiste simplemente en una fila de tallos de cardo silvestre dispuestos de modo que defiendan un poco á los



hombres contra el viento. Este rancho está situado en las orillas de un lago muy extenso pero muy poco profundo, literalmente cubierto de aves salvajes, entre las cuales llama la atención el cisne de cuello negro.

La especie de chorlito real de patas largas, que parece andar con zancos (*Himantopus nigricollis*), se encuentra aquí en bandadas considerables. Hase acusado sin razón á este ave de tener poca elegancia; cuando va por el agua poco profunda, su residencia favorita, dista mucho de carecer de gracia. Reunidas en bandadas, estas aves dejan oír un grito que se asemeja muchísimo á los ladridos de una jauría de perros pequeños en plena caza; despierto de pronto en mitad de la noche; durante algunos momentos me parece oír ladridos. El teru-tero (*Vanellus Cayanus*) es otra ave que á menudo turba también el silencio de la noche. Por su aspecto y sus costumbres se parece, desde muchos puntos de vista, á nuestros vencejos; sin embargo, tiene armadas las alas con unos espolones agudos como los que el gallo común lleva en las patas. Cuando se atraviesan las llanuras cubiertas de césped, esas aves se persiguen incesantemente; parecen profesar odio al hombre, el cual se lo devuelve con creces, pues no hay nada tan desagradable como su agudo grito, siempre el mismo y que no deja de hacerse oír ni un solo instante. El cazador las aborrece porque anuncian su aproximación á las demás aves y á todos los cuadrúpedos. Quizá prestan algunos servicios á los viajeros, pues, como dice Molina, le anuncian la vecindad de los ladrones en los caminos. Durante la estación de los amores fingen estar heridas y poder huir apenas, con el propósito de llevar lejos de sus nidos á los perros y á todos sus demás enemigos.

Dícese que los huevos de estas aves son un manjar muy delicado.

16 de Septiembre.—Llegamos á la séptima posta, situada al pie de la sierra Tapalguen. Hemos atravesado un país absolutamente llano; el suelo, blando y turboso, está cubierto de ásperas hierbas. La choza está muy limpia y es muy habitable; los postes y las vigas consisten en una docena de tallos de cardo silvestre, atados con tiras de cuero; esos pies derechos, que parecen columnas jónicas, sostienen la techumbre y los costados, cubiertos de cañas á manera de balago. Aquí me refieren un hecho que no hubiera podido creer si no hubiese sido en parte testigo presencial de él. Durante la noche anterior, un granizo tan gordo como manzanitas y en extremo duro, había caído con tal violencia, que causó la muerte á un gran número de animales salvajes. Uno de los soldados encontró trece cadáveres de ciervos (*Cervus campestris*), y me enseñaron la piel aún fresca de éstos; minutos después de mi llegada, otro soldado trajo siete más. Pues bien; me consta que un hombre sin perros no hubiera podido matar siete ciervos en una semana. Los hombres afirmaban haber visto lo menos quince avestruces muertos (uno lo teníamos para comer); añadían que otros muchos se habían quedado ciegos. Gran número de aves más pequeñas, como patos, halcones y perdices, habían quedado muertas. Enseñaronme una perdiz cuyo dorso estaba todo negro, como si la hubieran herido con una piedra grande. Un seto de tallos de cardo que rodeaba á la choza estaba casi deshecho; y al sacar uno de los hombres la cabeza para ver qué sucedía, recibió una herida grave; llevaba puesto un vendaje. Me dijeron que la tempestad sólo produjo estragos en una extensión de terreno



poco considerable. En efecto, desde nuestro campamento de la noche última habíamos visto una nube muy negra y relámpagos en esa dirección. Es increíble que animales tan fuertes como los ciervos hayan sido muertos de esa manera; pero, por las pruebas que acabo de referir, estoy convencido de que me han contado el hecho sin abultarlo.

Sin embargo, tengo la satisfacción de que el jesuita Drobrizhoffer (1) haya confirmado de antemano ese testimonio. Hablando de un país situado mucho más al Norte, dice: «Ha caído un granizo tan gordo, que ha muerto á un gran número de bestias.» Los indios, desde esa época, llaman al sitio donde cayó *Lalegrai-cavalca*, es decir «las pequeñas cosas blancas». El doctor Malcolmson también me participa que presencié en la India, en 1831, una tempestad de granizo que mató á un gran número de aves grandes é hirió á muchos mamíferos. Las piedras eran planas: una de ellas tenía 10 pulgadas de circunferencia y otra pesaba dos onzas; esos granizos deshicieron el firme de una carretera de grava, como hubieran podido hacerlo las balas; pasaban á través de los vidrios produciendo un agujero redondo, pero sin resquebrajarlos.

Después de comer, cruzamos la sierra Tapalguen, cadena de montañas de algunos centenares de pies de elevación, que comienza en el cabo Corrientes. En la parte del país donde me encuentro, la roca es cuarzo puro; dicenme que más al Este es granito. Las colinas tienen una forma notable: consisten en mesetas rodeadas de escarpes verticales poco altos, como los trozos desprendidos de una capa sedimentaria. La co-

(1) *History of the Abipones*, tomo II, pág. 6.

lina donde subí es muy poco importante, sólo tiene 200 metros de diámetro; pero veo otras mayores. Una de ellas, á la cual han dado el nombre de *Corral*, se dice que tiene dos ó tres millas de diámetro y está cerrada por cantiles verticales de 30 á 40 pies de altura, excepto en un sitio por donde se halla la entrada. Falconer (1) cuenta que los indios encierran en ese recinto natural rebaños de caballos salvajes y que les basta custodiar la entrada para impedirlos salir. Nunca he oído citar ningún otro ejemplo de mesetas en una formación de cuarzo, la cual, en la colina que yo examiné, no tenía ningún vestigio de estratificación. Me han dicho que la roca del *Corral* es blanca y produce chispas golpeándola.

Llegamos después de cerrar la noche á la posta, sita en las márgenes del río Tapalguen. Al cenar, según algunas palabras que oigo decir, me estremezco repentinamente de horror pensando que como uno de los platos favoritos del país: ternera sin acabar de formarse. Era puma: la carne de este animal es muy blanca y tiene gusto á ternera. Mucho se han burlado del doctor Shaw por haber dicho que «la carne del león es muy estimada y que por su color y sabor se parece mucho á la carne de ternera». Así sucede ciertamente con el puma. Los gauchos difieren de opinión en cuanto al jaguar; pero todos ellos dicen que el gato es un manjar excelente.

*17 de Septiembre.*—Seguimos el río Tapalguen á través de un país fértil, hasta la novena posta. Tapalguen mismo, ó la ciudad de Tapalguen (si puede dársele este nombre) consiste en una llanura perfectamente plana y sembrada hasta donde alcanza la vista

(1) FALCONER: *Patagonia*, pág. 70.



de *toldos* ó chozas en forma de horno, de los indios. Aquí residen las familias de los indios aliados que combaten en las filas del ejército de Rosas. Encontramos un gran número de indias jóvenes, montadas dos ó tres juntas en un mismo caballo; la mayor parte son muy guapas, y su tez tan fresca podría tomarse por el emblema de la salud. Además de los *toldos*, hay allí tres *ranchos*: uno lo habita el comandante, y los otros dos unos españoles con pequeñas tiendas.

Por fin puedo comprar un poco de galleta. Desde hace varios días no como más que carne; este nuevo régimen no me disgusta, pero me parece que sólo podría soportarlo á condición de hacer un ejercicio violento. He oído decir que en Inglaterra, enfermos á quienes se ordena una alimentación exclusivamente animal, apenas pueden decidirse á someterse á ella, ni aun con la esperanza de prolongar la vida. Sin embargo, los gauchos de las Pampas no comen sino vaca durante meses enteros. Pero he observado que toman una gran cantidad de grasa, que es de naturaleza menos animal, y aborrecen particularmente la carne magra como la del agutí. El doctor Richardson (1), ha notado también que «alimentándose por largo tiempo exclusivamente de carne magra, se experimenta un deseo tan irresistible de comer gordura, que se puede consumir una cantidad considerable hasta de grasa oleosa, sin sentir náuseas»; esto me parece un hecho fisiológico muy curioso. Quizá como consecuencia de su dieta exclusivamente animal, es por lo que los gauchos, como todos los demás carnívoros, pueden abstenerse de alimento durante mucho tiempo. Me han asegurado que en Tandeeel unos soldados persiguieron voluntaria-

(1) *Fauna Boreali-Americana*, tomo 1, pág. 35.

mente á una tropa de indios por espacio de tres días, sin comer ni beber.

He visto en los comercios muchos artículos, como mantas de caballo, cinturones y ligas, tejidos por las mujeres indias. Los dibujos son muy bonitos, y brillantes los colores. El trabajo de las ligas es tan perfecto, que un negociante inglés en Buenos Aires me sostenía que habrían sido fabricadas en Inglaterra; para convencerle fué preciso enseñarle que las bellotas estaban adheridas con trozos de nervios hendidos.

18 de Septiembre.—Hoy hemos hecho una larga etapa. En la duodécima posta, siete leguas al Sur del río Salado, encontramos la primera *estancia* con bestias y mujeres blancas. En seguida tenemos que atravesar varias millas del país inundado; el agua sube hasta por encima de las rodillas de los caballos. Cruzando los estribos y montando como los árabes, es decir, con las piernas encogidas y las rodillas muy altas, conseguimos no mojarnos en demasia. Es casi de noche cuando llegamos al Salado. Este río es profundo y tiene unos 40 metros de anchura; en verano se seca casi por completo, y la poca agua que en él queda aún se vuelve tan salobre como la del mar. Dormimos en una de las grandes estancias del general Rosas. Está fortificada y tiene tal importancia, que al llegar de noche la tomo por una ciudad y su fortaleza. Al día siguiente vemos inmensos rebaños vacunos; el general posee aquí 74 leguas cuadradas de terreno. Antiguamente empleaba cerca de 300 hombres en esta propiedad, y tenían tal disciplina que desafiaban á todos los ataques de los indios.

19 de Septiembre.—Atravesamos Guardia del Monte. Es un lindo pueblecillo un poco desparramado, con numerosos jardines plantados de albéchigos y mem-



brillos. La llanura es enteramente igual que la que rodea á Buenos Aires.

El césped es corto y de un hermoso color verde, intercalándose campos de trébol y de cardos; también se ven numerosas guaridas de viscaches. En cuanto se cruza el Salado, cambia por completo de aspecto el paisaje; hasta entonces sólo nos circuían hierbas silvestres, y ahora caminamos sobre una hermosa alfombra de verdura. Ante todo creo deber atribuir este cambio á una modificación en la naturaleza del suelo; pero los habitantes me afirman que aquí, lo mismo que en la banda oriental, donde se nota una diferencia tan grande entre el país que rodea á Montevideo y las sábanas tan poco habitadas de Colonia, es preciso atribuir esa mudanza á la presencia de los cuadrúpedos. Exactamente el mismo hecho se ha observado en las praderas de la América del Norte (1), donde hierbas comunes y rudas, de cinco á seis pies de altura, se transforman en césped en cuanto se introducen allí animales en suficiente número. No soy bastante botánico para pretender decir si la transformación proviene de introducirse nuevas especies, de modificaciones en el crecimiento de las mismas hierbas ó de disminuir su número proporcional. También le chocó mucho á Azara ese cambio de aspecto; además se pregunta cuál es el motivo de la aparición inmediata, en todos los senderos que conducen á una choza recién construida, de plantas que no crecen en las cercanías. En otro pasaje dice (2): «Estos caballos (salvajes) tienen la manía de preferir los caminos y el borde de las

(1) Véase la descripción de las praderas por M. Atwater, en *Silliman N. A. Journal*, tomo 1, pág. 117.

(2) AZARA: *Viaje*, tomo 1, pág. 373.

carreteras para depositar sus excrementos; montones de ellos se encuentran en esos lugares.» Pero, ¿no es eso una explicación del hecho? ¿No se producen así líneas de terreno ricamente abonado, que sirven de comunicación á través de inmensas regiones?

Junto á Guardia encontramos el límite meridional de dos plantas europeas que se han hecho extraordinariamente comunes. El hinojo abunda en los revestimientos de los hoyos en las cercanías de Buenos Aires, Montevideo y otras ciudades. Pero el cardo (1) aún se ha difundido mucho más: se le encuentra en estas latitudes á los dos lados de la cordillera, en todo el ancho del continente. Lo he hallado en sitios casi desiertos de Chile, de Entre Ríos y de la banda oriental. Sólo en este último país, hartas millas cuadradas (probablemente muchos centenares), están cubiertas por una masa de estas plantas armadas de pinchos, en sitios donde no pueden penetrar hombres ni animales. Ninguna otra planta puede existir actualmente en las llanuras onduladas donde crecen esos cardos; pero, antes de haberse introducido, la superficie debió

(1) A. d'Orbigny (tomo 1, pág. 474) dice que el cardo y la alcachofa se encuentran en estado salvaje. El doctor Hooker (*Botanical Magazine*, tomo LV, pág. 2.862) ha descrito con el nombre de *inermis* una variedad del *Cynara* procedente de esta parte de la América meridional. Afirma que la mayoría de los botánicos creen hoy que el cardo y la alcachofa son variedades de la misma planta. Puedo añadir que un hortelano muy inteligente me ha afirmado haber visto en un huerto abandonado convertirse plantas de alcachofa en cardo común. El doctor Hooker cree que la magnífica descripción que Head hace del cardo silvestre de las Pampas se aplica al cardo común, pero es un error. El capitán Head alude á la planta de que luego me ocuparé con el nombre de *cardo gigante*. ¿Es un verdadero cardo? No lo sé; pero esa planta difiere en absoluto del cardo común y se parece mucho más al cardo silvestre.



estar cubierta de grandes hierbas, como todas las demás partes. Dudo que pueda citarse un ejemplo más extraordinario de invasiones de una planta efectuadas en una escala tan grande. Según ya he dicho, no he visto en ninguna parte el cardo al Sur del Salado, pero es probable que conforme se pueble el país irá extendiéndose sus límites el cardo. El cardo gigante de las Pampas, de hojas variadas, se conduce de un modo muy diferente, pues lo he encontrado en el valle del Sauce.

Según los principios tan bien expuestos por M. Lyell, pocos países han sufrido modificaciones más notables desde el año 1535, en que desembarcó el primer colono con 72 caballos en las orillas de la Plata. Los innumerables rebaños de ganado caballar, vacuno y lanar no sólo han modificado el carácter de la vegetación, sino que también han rechazado de todas partes y hecho casi desaparecer al guanaco, el ciervo y el avestruz. También han debido producirse otros cambios; el cerdo salvaje reemplaza muy probablemente al pecarí en muchos sitios; puede oírse á manadas de perros salvajes aullar en los bosques que cubren los bordes de los ríos menos frecuentados; y la rata común, convertida en un animal grande y feroz, habita en las colinas peñascosas. Como M. d'Orbigny lo ha hecho notar, el número de buitres ha debido acrecentarse de un modo inmenso desde la introducción de los animales domésticos; y he indicado con brevedad las razones que me hacen creer que han extendido muchísimo su residencia hacia el Sur. Sin duda ninguna, también otras muchas plantas, además del hinojo y del cardo, se han aclimatado; prueba de ello, el número de duraznos y de naranjos que crecen en las islas de la desembocadura del Paraná, y que provienen de las semillas transportadas allí por las aguas del río.

Mientras cambiábamos de caballos en Guardia, varias personas se acercaron á dirigirme una multitud de preguntas acerca del ejército. Nunca he visto una popularidad más grande que la de Rosas, ni mayor entusiasmo por «la guerra más justa de las guerras, puesto que va dirigida contra los salvajes». Preciso es confesar que se comprende algún tanto ese arranque, si se tiene en cuenta que aún hace poco tiempo estaban expuestos á los ultrajes de los indios los hombres, las mujeres, los niños, los caballos. Durante todo el día recorreremos una hermosa llanura verde, cubierta de rebaños; acá y allá una *estancia* solitaria, sin más sombra que un solo árbol. Por la tarde se pone á llover; llegamos á un destacamento, pero el jefe nos dice que, si no tenemos pasaportes muy en regla, no podemos seguir nuestro camino, pues hay tantos ladrones que no quiere fiarse de nadie. Le presento mi pasaporte, y en cuanto lee en él las primeras palabras *El naturalista D. Carlos*, se vuelve tan respetuoso y cortés como desconfiado estaba antes. ¡*Naturalista!* Seguro estoy de que ni él ni sus compatriotas comprenden bien qué podrá querer decir eso; pero es probable que mi título misterioso no haga sino inspirarle una idea más alta de mi persona.

20 de Septiembre.—A mitad del día llegamos á Buenos Aires. Los setos de agaves, los bosques de olivos, de albérchigos y de sauces, cuyas hojas empiezan á abrirse, dan á los arrabales de la ciudad un aspecto delicioso. Me encamino á la casa de M. Lumb, negociante inglés, quien, durante mi estancia en el país, me ha colmado de obsequios.

La ciudad de Buenos Aires es grande y una de las más regulares, creo, que hay en el mundo. Todas las calles se cortan en ángulo recto; y hallándose á igual